

# UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

Belmonte ha estado recuperando en pocos días —¿serán alguna vez buenas las prisas?— alguna de las mejoras aplazadas durante años.

Las diferencias entre una villa extramuros, bien asfaltada, y un interior deplorable —ver EL BANZO, n.º 9— se han ido paliando aceleradamente. Eso sí, desentendiéndose de todo consejo (ultimamente consejo sólo era, ya que de cooperación económica, nada) de las directrices que Bellas Artes tenía indicadas para el pueblo como "villa de interés".

Se iniciaron las obras con la ampliación en las redes de iluminación, principalmente en los accesos, y adentramiento de la piscina municipal. Continuaron con una pavimentación de cemento en vías secundarias del interior, lo que se redondeó con el asfalto en plazas y calles principales. A todo esto, hay que añadir una proliferación de señales de ordenación del tráfico y de orientación turística, así como un señalado trabajo de limpieza del exterior de las viviendas por parte del vecindario.

## Las motivaciones

Un fuerte aliciente tuvo Belmonte para este remozamiento y, sobre todo, para actuar con tantas prisas: el deseo de participar en el XX Concurso de Embellecimiento y mejora de los pueblos conguenses, que organizaba la Jefatura provincial del Movimiento.

Paralelamente, el Ayuntamiento, para estímulo del vecindario, estableció un concurso particular con premios a las mejores calles y fachadas, que oscilaban desde 8000 a 1500 pesetas, a lo que el pueblo respondió extraordinariamente, y quizá con exceso,

ya que hubo que dar un orden de retirada de tiestos, por lo abundante del detalle. Premios que, en la mayoría de los casos, serían después donados para las obras de reparación de la Colegiata.

El esfuerzo no fue en vano. A pesar de lo difícil que en nuestra provincia resulta mover los resortes necesarios y a pesar no sólo de las típicas rivalidades locales sino incluso de incomprensibles campañas en contra por parte de algunos belmonteños, la villa logró alzarse con ese tan deseado —y no sólo económicamente, sino moralmente— primer premio, de dos millones de pesetas.

## Un arreglo a medias

Satisfechos se encuentran los belmonteños de las obras realizadas. El pueblo las estaba necesitando y nadie ha estimado lo contrario, a pesar de tener que contribuir el vecindario con el cincuenta por ciento del importe de las obras, y, sin



ALGUNOS SE PASARON LAS MACETAS

embargo, esta reforma física, tan grata a todos, ha venido a poner de relieve, una vez más, la diferencia, ahora más acentuada, entre el Belmonte urbano y el monumental.

Imaginamos que el jura-



AL FIN LLEGARON LAS OBRAS

do del premio de embellecimiento dejaría de visitar las calles donde se encuen-

giata, la todavía caída y vergonzosa muralla del cementerio y una larga y dolorosa lista de monumentos luchando entre el olvido y la acción corrosiva de los tiempos.

Y uno se pregunta: si el pueblo está obligado a adcentar sus viviendas, por una orden local de 27 de julio, por la que, si cada vecino no tomaba las medidas oportunas en reparación y embellecimiento, el Ayuntamiento realizaría los trabajos necesarios por cuenta de los interesados, aplicándoles debidamente el arbitrio establecido en las ordenanzas municipales sobre malas fachadas, ¿no existe también una obligación similar para los propietarios de establecimientos públicos y monumentos histórico-artísticos? ¿No es aplicable esa orden a las administraciones que regentan esos edificios? Inocentes y quizás ilusas preguntas que se hacen las gentes

tran: el ruinoso hospital de San Andrés, el calamitoso aspecto del Palacio del Infante don Juan Manuel —sede de aquél futuro parador—, las barbacanas caídas de los preciosos atrios que rodean la Cole-